

— ¡Ese viejo Monin!... que no sabe mas que comer y beber...

— Aun si no hubiese mas que él, no se le hace caso, á eso se reduce.

— ¡Pues qué, va á venir su mujer?..

— No, gracias á Dios, está adobando pepinillos.

— Es una fortuna, la tal señora Monin es una muy mala lengua, y curiosa... ¡Ah! entra siempre en la cocina á ver lo que se hace.

— A pesar de eso, yo la hubiera preferido á estos La Tomasinieres, que tienen un tono, se dan unos aires... ¡pretensiones insoportables!...

— Y luego, se ha visto jamas traer tres criados, que es necesario mantener... ¡Estos mocetones se lo van á comer aquí todo!

— Julia, ¿qué hora es?

— Mas de las doce, señora.

— El no vendrá... ahora me alegro de ello... Haz servir el almuerzo... No comeremos hasta las seis y media.

— Eso es, así á lo menos no cenarán.

Bajó Julia; la señora se puso delante del espejo, se estuvo mirando en él algunos minutos, arregló algunos rizos, y luego se alejó diciendo: — ¡Bastante bien estoy para estas gentes! Se fué al jardin á reunirse con madama La Tomasiniere, cuyo esposo, al llegar, pidió á madama Destival pluma y tintero á fin de escribir inmediatamente una nota importante sobre un gran negocio. Estableció el señor Destival al especulador en su gabinete diciendo: — No se incomode vm.,

obre vm. como si estuviera en su casa , ahí lo dejo. Y el señor La Tomasiniere se quedó solo en el despacho ; se rascó la cabeza, miró las plumas y no escribió cosa alguna , por la razón de que nada tenía que escribir ni nota alguna que tomar ; pero un hombre que hace grandes especulaciones debe siempre aparentar que está preocupado y necesitar un escritorio ; esto impone á los tontos , á las gentes crédulas , y aun algunas veces á las de talento ; solo los intrigantes no se dejen alucinar de estas pequeñas astucias , porque ellos mismos echan mano de ellas con frecuencia.

Cuando dejó á La Tomasiniere , fué Destival á buscar á Monin que no se formalizó de que no se hubiesen ocupado de él , porque su mujer lo habia acostum-

brado á ello. — ¡ Vamos ! mi vecino , ¿ ha vendido vm. aquella farmacia ? dijo el hombre de negocios dándole un golpecito en el hombro á Monin.

— Todavía no , mi vecino... Eso me embaraza , porque le diré á vm. : los que me sustituyen provisionalmente no tienen los mismos hábitos que yo.

— Yo se la venderé á vm. Ya nos veremos este invierno en Paris , señor Monin , y espero cultivar allí su amistad de vm...

— Señor , ciertamente...

— Vm. vendrá de tertulia á mi casa.

— Juegan vms. al tresillo.

— No , sino al ecarté... al boston.... Tengo una hermosa casa para vender á vm.

— ¿ En verdad ?

— Sí; es de lance, por nada...

— ¿Está asegurada?

— No lo sé... Hablaremos de eso; vaya vm. á dar una vuelta por el jardín... Yo voy á ver si tratan de darnos de almorzar.

Se alejó Monin, y al volverse Destival vió á su mujer, que exclamó:

— ¿Cómo, convide vm. á Monin á que vaya á vernos á Paris?

— Ciertamente.

— En el campo pase, porque es vecino; ¡pero en la ciudad! un hombre que no sabe decir ni hacer nada, que no juega sino al tresillo.

— Pero es rico.

— ¡Eh! eso no impide que sea bestia como un ganso.

— Señora, no será el primer bestia

que haya vm. visto en casa. Cuando se recibe mucha gente no puede suceder otra cosa. ¡Eh! fuera de que, con las gentes de talento, con los autores y poetas no se gana un cuarto.

— Puesto que le gusta tanto el dinero, ¿por qué convida á todo el mundo á que venga á la casa de campo? Eso es ruinoso.

— Sosiéguese vm., señora, yo no convido sino á gentes que me pueden ser útiles..... ¡Oh! ¡yo soy muy ladino! veo de lejos... La Tomasiniere es un excelente conocimiento, yo tengo grande empeño en ligarme íntimamente con él. No ignoro que por lo comun es muy ridículo, que quiere hacer el señor, y que no le pega; que suelta de cuando en cuando expresiones y patochadas que

huelen terriblemente á su primera educacion, que es pesado con su coche, sus tierras, sus bienes y sus criados, que nos encaja á cada paso; pero por lo demas, es un hombre á quien profeso una estimacion particular, porque, como decia ahora mismo, yo veo muy de lejos, señora. ¿Pero ese almuerzo?

— Hable vm. á Bautista, ya he dado mis órdenes á Julia.

Fué madama Destival al jardín en el que estaba la petimetra retozando y haciéndose un ramillete. — ¿Ve vm., dijo, como cojo de sus flores?

— Hace vm. muy bien, mi querida amiga, tome vm. cuanto le acomode.

— Es bonito el jardín.

— ¡Oh! no es crecido; pero tiene sombra que es lo que á mí me gusta.

— A mí tambien. En nuestra quinta de Fleuri he hecho plantar un bosque... Vm. verá, será delicioso.

— Pero antes que brote...

— ¡Oh! no se han puesto sino árboles ya crecidos... En el próximo mes le daré á vm. en él una fiesta. Espero que se hayan acabado las pinturas y adornos que he hecho poner para ir á pasar en él un mes. Pero llevaré mucha gente; porque á mí no me gusta el campo sino con numerosa sociedad.

— A mí me gusta bastante la soledad.

— ¡Dios mio! ¡me moriria si estuviese un dia sola!

— Pues qué ¿no le gusta á vm. la lectura?

— Sí... un momento, en la cama, pero no mucho rato, porque fatiga.

— ¿Y la música?

— Yo no toco sino cuando hay quien me oiga.

— ¿El dibujo?

— ¡Ah! eso era bueno para una coleccionista... En mi quinta pienso tener un teatrillo; representaremos comedias, eso sí que es divertido... Yo representaba frecuentemente en mi pension... sobre todo me gustaban los papeles en que se cambiaba de trajes.

— ¡Qué niñada!...

— Qué quiere vm., es necesario pasar el tiempo... Si no tuviese mas que á mi marido para divertir me... ¡Ah! ¡Dios mio! ¿donde íbamos á parar? un hombre que no se ocupa mas que de cál-

culos.... de cambio..... ¡qué sé yo!... Estos hombres de negocios son muy poco amables.

Al entrar estas señoras en otra calle de árboles, se hallaron junto al señor Monin, que estaba parado y parecia estar en contemplacion delante de un ciruelo, cuya fruta era muy abultada; al ver á las señoras, se quitó el sombrero de paja, y dijo entre dientes: — Cómo va el estado de..., pero no acabó su frase, porque se acordó que habia ya saludado á las señoras en el salon, entonces se volvió y enseñó el arbol diciendo: — Trae hermosas ciruelas.

— ¡Cómo, querida mia, tiene vm. árboles frutales en su jardin! exclamó la petimetra, eso es de muy mal tono... es necesario hacerlos arrancar, y plan-

tar en su lugar ebanos, acacias, sicomoros...

— ¡Oh! nuestro jardín no es de lujo, respondió madama Destival, mordiéndose los labios con despecho, no es un parque como su quinta de vm.... y á Destival le gusta mucho la fruta.

— Tiene razón, respondió Monin que se había aproximado al ciruelo cuando madama La Tomasiniere había hablado de hacerlo arrancar, la fruta es muy provechosa cuando se come en buena sazón; por otra parte voy á decir á vms...

— Y ciruelas blanquillas, replicó la joven elegante, quita allá. Eso es muy malo, se queda para los criados.

— ¡Oh! cuando Destival haya hecho fortuna, entonces haremos un verjel

particular... pero mientras tanto tenemos que contentarnos con una pequeña quinta... ¿Qué quiere vm.? ¡no hemos nacido en medio de las grandezas.... en los palacios!

La señora Destival se afirmó con malicia en estas últimas palabras; pero no pareció que reparaba en ellas la señora La Tomasiniere: tan atolondrada como inconsecuente, dijo cosas mortificantes sin pensar en ello; y si hablaba sin cesar de sus adornos, de sus diamantes y de sus tierras, no era tanto por vanidad como por costumbre, mientras que el movil de todas las acciones de su esposo era el deseo de hacer ostentación de su fortuna.

— El almuerzo nos espera, señoras, dijo el señor Destival corriendo con aire

galante á ofrecer su mano á la petimetra; venga vm... porque es tarde, y debe tener necesidad de tomar algo, y á fe mia si viene Dalville almorzará solo, á eso se reduce.

El amo de casa se alejó con la joven señora. El señor Monin habia ya dejado su sombrero de paja, y se preparaba á ofrecer la mano á la señora Destival, quien habiendo adivinado su intencion desapareció por otra calle, y el hombrecillo, no viendo ya á la señora se decidió á dirigirse solo al comedor, pero antes echó una mirada tierna hácia el cielo.

Estaban en la mesa, y el señor La Tomasiniere no habia aun salido del gabinete.—Avisarle que vamos á almorzar,

dijo el señor Destival, que solo á él esperamos.

Subió Bautista al gabinete y gritó desde la puerta: — Señor, ya se ha servido el almuerzo.

— Está bien... muy bien... ya bajo, respondió el señor La Tomasiniere, continuando en rollar entre los dedos bolitas de papel, no tengo que tomar mas que una nota.

Fué el criado á decir lo que le habia respondido. — ¡Qué hombre tan terrible con sus notas! dijo madama Destival, ¡no tiene ni un momento suyo, aun en el campo!...

— ¡Mi marido! respondió la petimetra, ¡ah! querida mia, ¡es el ente mas insoportable con sus escrituras!... Jámas está pronto para bajar á la hora de

comer, aunque haya veinte personas convidadas, lo que sucede con frecuencia, es necesario enviarlo á buscar tres ó cuatro veces.

Despues de haber hecho aun bolitas de papel por espacio de cinco minutos, el señor La Tomasiere se decidió por fin á presentarse en el comedor.

— Perdonen vms. ya estoy aquí..... no es culpa mia, no debian vms. haberme esperado... Me habia venido á la cabeza cierta especulacion.... Deme vm. una ala de gallina y un vaso de Burdeos, yo no tomo otra cosa por la mañana... ¿Y bien, Atalia, supongo que ha hecho vm. estragos en el jardin de la señora?

Atalia, que comia muy bien para ser una petimetra, respondió riéndose á su

esposo: — He hecho lo que me ha acomodado; ya sabe vm. que eso no le importa.

— Es justo, señora, muy justo; á mí no me toca mas que dar el dinero, pagar las cuentas: cuatro mil ochocientos reales á una modista... es un poco caro... pero es necesario que madama lleve de lo mejor.

— Si vm. se enfada, la próxima cuenta será doble.

— Ya sabe vm. que cuando se trata de dar el dinero, jamas me hago de rogar. Es una cosa muy natural.... cuando es uno rico es necesario dar á ganar á los mercaderes: ¿no es verdad Destival?

— Ciertamente, respondió este, yo soy enteramente de la misma opinion que vm... ¿Y cómo halla vm. el Burdeos?.. no ha dicho vm. nada.



— Es bastante bueno, pero yo tengo mucho mejor que este. ¡ Oh! lo tengo mucho mejor; vm. lo verá, se lo haré probar en mi casa.

— ¿Y esta crema le parece á vm. buena, señora?

— Sí, respondió la petimetra, mientras que el señor La Tomasiniere tomaba tres cucharadas diciendo: — Veamos esta crema; luego hizo un ligero gesto añadiendo: ¡ Ah! en mi hacienda tenemos leche excelente... no se puede comparar con esta... ¡ qué diferencia!... y aves... ¡ ah! deliciosas... Es cierto que se les alimenta con cuidado!... ya se ve, vms. creen comer alguna cosa de provecho cuando comen una gallina como está... Pues bien, si vms. conociesen mi

corral de Fleuri, mirarian esto como morralla...

— Entonces es una felicidad que no lo conozcamos, respondió madama Destival dirijiendo una mirada significativa á su esposo, quien para cortar esta amable conversacion, se dirijió á Monin, que desde que se habia sentado á la mesa no habia hablado una palabra, ocupado enteramente con una pierna de gallina que sazónaba algunas veces con tabaco, y mirando con complacencia un hermoso pastel que estaba delante de él y parecia decirle: — ¿cómo va el estado de la salud de vm.?

— ¿Parece que hay buen apetito, mi vecino?...

— Sí, sí... el tiempo es el que hace esto... ¡ Lo gasta vm.! dijo Monin pre-

sentando su caja á Destival, y luego á La Tomasiniere que despues de haber tomado un polvito sacó de su bolsillo una caja de oro que estuvo mirando algun tiempo con complacencia diciendo entre dientes : — Este es de Virginia... es lo mejor que se encuentra en materia de tabaco ; es muy caro , pero á mí no me gusta otro que este ; pruébelo vm., señor. Monin que jamas habia echado pie atras delante de un polvo, iba á tomar de la Virginia , cuando se oyó el ruido de un carruaje que entraba en el patio , y Julia corrió diciendo : — Ya está aquí el señor Dalville ; su cabriolé acaba de entrar en casa.

La señora Destival dejó escapar una sonrisa de alegría, la petimetra se apresuró á hacerse mudar de plato á fin de

que no se viesen delante de ella los restos de su almuerzo, el señor Destival fué corriendo á recibir á su querido amigo, y el señor La Tomasiniere dijo para sí : — Sin duda este Dalville es un millonario , ¡ pues que su llegada produce tanta sensacion !

En cuanto á Monin, con una mano en el polvo de Virginia y la otra en el tenedor, turbado con el movimiento que excitó al rededor de él la llegada de Dalville , llevó á sus narices un hermoso trozo de jamon , y á su boca el tabaco superfino ; pero notando su equivocacion se contentó con poner cada cosa en su lugar.